



**UCAM**

UNIVERSIDAD CATÓLICA  
DE MURCIA

LECCIÓN MAGISTRAL

# LA HERMANA MUERTE

**S.E.R Mons. Vincenzo Paglia**

Presidente de la Pontificia Academia para la Vida

LOS JERÓNIMOS, 13 DE JUNIO DE 2018  
FESTIVIDAD DE SAN ANTONIO DE PADUA



IN LIBERTATEM VOCATI



**UCAM**

---

UNIVERSIDAD CATÓLICA  
DE MURCIA



**S.E.R Mons. Vincenzo Paglia**

*Presidente de la Pontificia Academia para la Vida*

LECCIÓN MAGISTRAL

# LA HERMANA MUERTE

MURCIA, 13 DE JUNIO DE 2018

FESTIVIDAD DE SAN ANTONIO DE PADUA



## Hay demasiados ancianos

Carl-Henning Wijkmark, periodista y escritor sueco, en 1978 escribió una novela breve, *‘La muerte moderna’*, donde contaba una reunión imaginaria organizada por el Ministerio de Asuntos Sociales del gobierno sueco sobre el tema “La fase terminal de la vida humana”. La reunión, compuesta por un público seleccionado de expertos de distintas disciplinas, iniciaba por un moderador que, en resumen, afirmaba: “Hoy en día, el creciente número de personas mayores hace que la economía del país sea insostenible”. Y explicaba: “en los años sesenta, con el auge económico, hubo una necesidad de introducir más madres en el proceso de producción; en la década siguiente, las cosas empeoraron (estancamiento, desempleo) y se animó a los padres a quedarse en casa. Ahora, la situación económica es muy frágil y se ve agravada por el crecimiento del número de personas mayores que consumen y no producen. ¡Necesitamos más muertos! Pero, ¿cómo podemos hacerlo? Todos sentimos la muerte como algo antinatural. Por supuesto, podemos introducir la eutanasia. Pero por sí misma no es suficiente para cubrir la necesidad que tenemos de decesos”. La única manera es “hacer que la muerte sea deseable”. Se debería “promover en la sociedad una actitud favorable hacia la muerte, hacer que sea algo natural una vez que se ha superado el periodo activo de la propia existencia. Pero es necesario que sean las propias personas mayores quienes lo pidan. El

problema se resuelve *con* ellos, no *contra* ellos”. Y esta es la pregunta a la que deberíamos responder: “¿cómo podemos crear en la sociedad una demanda de eutanasia entre los grupos afectados y preparar así el terreno para una nueva legislación? Todo esto puede parecer utópico para muchos de ustedes (concluía el moderador), pero no es así”.

Queridos amigos, Carl-Henning Wijkmark ya lo había comprendido todo en los años setenta. En muchos países, la eutanasia se presenta como una elección de civilidad, ya que respondería a la demanda de una muerte digna. En realidad, la lógica de los sistemas fomenta una perversión insidiosa de los significados. La obtención de legitimación de la eutanasia elimina el sentido de la obligación de cuidar de un enfermo incurable para allanar el camino a la liquidación de una vida despreciable. Nuestra entrega a una muerte técnicamente facilitada puede presentarse como un acto de compasión que absuelve a las víctimas de la culpa de estar irremediamente enfermas e incapacitadas. El acompañamiento de una vida humanamente difícil se perfila como una culpa que impone a la comunidad los costes de afectos y vínculos científicamente fútiles. La legalización de la eutanasia está ganando cada vez más terreno entre la opinión pública, es el efecto de una sumisión técnica y económica a la idea de la selección eugenésica de la vida digna de cuidado. El cuidado, en resumen, debe ser “merecido” en cierto modo, por unas condiciones biológicas eficientes y unos estilos de vida adecuados. De lo contrario, la vida se vuelve “indigna” de ser vivida:



y, por lo tanto, la decisión política de legitimar su entrega a la muerte (porque se habla de “derecho”, precisamente) está justificada. Y exonerada de toda responsabilidad, moral y civil.

### **Crisis del humanismo y eutanasia**

El desmoronamiento de la cultura humanista, que ponía el foco en la inseparable relacionalidad biológica y afectiva del ser humano, ha debilitado los lazos de la generación y la alianza de generaciones. Estos vínculos hacen que la historia sea humana, tanto la del individuo como la de la comunidad, precisamente porque hacen que el amor y el cuidado de la vida sean indisolubles, desde la concepción de un nuevo hijo a la despedida de un ser querido, en la buena y en la mala suerte. El honor de la palabra dada y la dignidad de la vida recibida son inviolables: la promesa es que nosotros no haremos nunca el trabajo de la muerte. La retirada del individuo de esta custodia, con el pretexto de devolverle su libertad, muestra la fuerte tendencia a liberar a la comunidad (y al final también a los individuos) de esa promesa: la libertad de la eutanasia se convierte en el caballo de batalla del progreso de los “derechos” de la libertad, una actitud políticamente correcta, casi “de moda”. Con estos términos lo expresa el conocido cirujano Lucien Israel, que prestó servicio médico durante muchos años con los enfermos terminales en Francia: “La eutanasia legalizada representa

la ruptura del lazo simbólico entre generaciones. Hijos, nietos y, ahora, bisnietos, dado que estamos a punto de convertirnos en una sociedad de cuatro generaciones, sabrán que podemos deshacernos de los viejos. En el momento en el que tal perspectiva fuera admitida y se convirtiera en objeto de una forma de consenso social, los más jóvenes no podrían evitar ver a los más mayores como objetos que desechar. Cuando los “viejos” ya no sirvan, cuando estén deprimidos o incluso cuando no hayan encontrado el departamento médico que les evite el sufrimiento, se decidirá que es más sencillo, e incluso más caritativo, deshacerse de ellos. En estas condiciones, los lazos entre generaciones, que ya a día de hoy, por distintas razones, son cada vez más frágiles, se debilitarán aún más”.

Estas afirmaciones sugieren la urgencia de una reflexión más seria y atenta a la complejidad de las implicaciones: las fórmulas excesivamente esquemáticas e ideológicas abren paso a la prevaricación sobre la vida, por parte de todos. El conocido jurista italiano Gustavo Zagrebelsky advierte: “Sobre estas cuestiones últimas, somos siempre penúltimos. Son discursos “en el estado” de las propias reflexiones actuales. ¡Ay de la seguridad! En cuestiones de este tipo, la problemática es un deber”. Es un deber serio reflexionar una y otra vez. No es prudente acelerar las decisiones sobre esta cuestión sin profundizar en el debate e implicar a toda la sociedad. Cualquier atajo, incluso legislativo, puede causar daños irreparables.

Personalmente, quedé muy impresionado, en su momento, con algunas de-

claraciones del presidente de la República Francesa, François Mitterrand, quien, tras haber sido operado de un tumor, manifestó su firme oposición a una ley sobre la eutanasia: “¡No abolí la pena de muerte para volver a introducirla después con otra forma!”. Y añadió: “¡En un país democrático, una ley no puede sacralizar un derecho semejante!” Mientras viva, me opondré a que se cruce esta línea roja. ¡Es demasiado serio! Tampoco vamos a dar a una profesión el derecho de administrar legalmente la muerte, ¿no?”. Es increíble que no se vea la contradicción de una sociedad que, por un lado, *técnicamente* prolonga la vida y, por otro, *favorece políticamente* su supresión. ¿No sería más prudente volver a plantearse seriamente el modo en el que toda una sociedad civil se prepara para apoyar el acompañamiento de las personas en condiciones extremas y en el momento final de sus vidas? Además, hay un silencio ensordecedor sobre el derecho a ser curado y acompañado. Nadie reclama una legislación en este sentido. ¿Acaso el temor (que, desgraciadamente, es real) a ser abandonados a nuestra suerte, como un peso insostenible para la comunidad, no allana el camino al horrible sentimiento de culpa que debe contagiar rápidamente a todos los ancianos, a todos los discapacitados, a todos los padres de hijos heridos? ¿Acaso la propaganda para el *derecho* a la muerte (en realidad, la coacción oculta al deber de morir) no abre acaso la puerta a la absolución del acto de dar muerte a una vida (o sea, a una persona) juzgada indigna de la vida que ha compartido y comparte con nosotros?

## **El misterio de la muerte**

Además, nos hace reflexionar el hecho de que la demanda de la eutanasia esté ganando terreno en una sociedad que hace todo lo posible para exorcizar la muerte, para alejarla de su horizonte. En efecto, la muerte es la derrota más radical y amarga de esa “hybris” que empuja al hombre a una especie de omnipotencia delirante sobre su propia vida (e inevitablemente, llegados a este punto, sobre la vida ajena). A partir de la segunda mitad del siglo XX, las sociedades occidentales se vieron abrumadas por una neurosis de “eliminación” de la muerte de la vida pública, consumando una de las fracturas principales respecto al pasado: el final de la muerte en el hogar. Hoy en día, morimos en los hospitales o en las clínicas. Y morimos solos: la eliminación de la muerte, en realidad, nos elimina a nosotros mismos. Es una paradoja: los hospitales, invención humana de la curación y del cuidado más eficaz, se han convertido también en los lugares donde se consuma técnicamente la fría rendición ante la solución terminal de la vida. Cuando esta llega, el aparato la secuestra: todo lo que rodea al difunto debe continuar como antes, los ritmos no se detienen. En este contexto de gestión eficiente de la despedida, se produce sobre todo un aligeramiento afectivo del abandono. En este fantasma envolvente de la vida carente de afectividad se enmarca la demanda de una muerte técnicamente acelerada. De aquí, podemos también comprender el esfuerzo de una reconversión

de la mente y de las prácticas que nos devuelva la sensibilidad por el amor de la criatura mortal que todos somos. Didier Sicard, presidente del Comité Nacional de Ética de Francia, afirmaba con sabiduría que “el progreso de una sociedad actual, como nos enseñó el siglo XX, se mide por su capacidad de desarrollar la solidaridad, de proteger y acompañar a los más débiles, y no de facilitar su desaparición”.

El cristianismo no predica el amor a la muerte, ni la indiferencia ante la muerte. Sin embargo, nos anima a rodearla con amor por todas partes, para impedir que triunfe sobre la esperanza de la vida, para impedirle que haga daño. El lado nihilista de la muerte triunfa, en cambio, cuando induce a la desesperación de modo que el amor parezca un esfuerzo vano y sin sentido. Y también triunfa cuando se convierte en el gesto extremo de la prevaricación, que se afirma a sí mismo a costa de la vida del otro. En este caso, la muerte nos convence para que le vendamos incluso nuestra alma. En lugar de negarle el poder de vaciar el amor puesto en la vida, le concedemos el supuesto poder de reducir a la nada el amor de la vida. Y, de esta forma, su nihilismo gana la partida: sobre todo porque, desde ese momento, empieza a vaciar la vida de la pasión y de la tenacidad que los humanos están realmente dispuestos a concederle, incluso en condiciones extremas, si tan solo la libertad de su dedicación fuera honrada como una virtud suprema y no como una debilidad sentimental.

La visión cristiana de la muerte, desafiando la paradoja, nos anima a man-

tener unidos los dos polos de tensión. Por un lado, la fe cristiana nos enseña que la muerte es realmente una experiencia hostil, que degrada la vida que Dios ha otorgado a la criatura humana. Por otro lado, sin embargo, nos invita a reconocer la muerte como el signo más evidente de la vulnerabilidad de la vida que, no obstante, debe suceder. Por eso no hay que eliminarla (lo cual sería imposible de todos modos), sino encontrarla, hasta el punto de llamarla “hermana”, como hizo Francisco de Asís cuando, poco antes de morir, en otoño de 1226, dijo: “¡Bienvenida, hermana muerte!”. Una “hermana” extraña, ciertamente, pero hermana: la muerte acercaba a Cristo en la cruz a todas las criaturas, débiles, pero amadas por Dios.

En su tragedia, la muerte ayuda al hombre (lo obliga) a enfrentarse a la fragilidad humana, una certeza que podemos posponer, pero nunca anular. A la luz de la muerte, nuestras arrogancias (en los múltiples modos en los que las manifestamos) se ven totalmente ridículas. Y es la humildad lo que la certeza de la debilidad humana demanda. Sin embargo, la muerte no es la última palabra, afirma la fe cristiana. Ese “polvo” (debilidad) que somos, no es abandonado. Al contrario, es amado por Dios. Amado hasta tal punto que empuja al propio Dios a convertirse también en “polvo” y librarnos de la propia muerte. La muerte da miedo, porque no es creada ni deseada por Dios. Pero no gana. El amor de Dios (Señor de los vivos y los muertos) es más fuerte que la muerte. Es ese “instinto del corazón” (como lo denomina el Catecismo católico) el que nos empuja a considerar que nuestro

paso por la tierra no está a la altura de la vida del espíritu que nos ilumina: la muerte queda a la espera de redención y la vida de un cumplimiento. El hombre vive una tensión interior profunda: por una parte, siente su caducidad y, por otra, una necesidad incontenible de duración. El hombre es incompleto. Y muere incompleto. Nuestro paso por el mundo tiene todo el aspecto de una iniciación: al final de nuestros días, la fe nos hace decir que lo mejor de todo lo que ha salido a la luz está todavía por vivir. Podríamos decir: ¡lo mejor está por llegar! Ciertamente, la desorientación respecto a la muerte nos une a todos profundamente. Si todos, creyentes y laicos, pudiéramos concentrarnos seriamente en el vínculo que nos une en el desafío del sentido de la vida y el contrasentido de la muerte, toda nuestra civilización sería distinta. Nuestras angustias profundas y las simplificaciones con las que intentamos resolverlas crearían más complicidad entre nosotros.

### **Del derecho a morir al deber de morir**

Lamentablemente, en una sociedad en la que la autosuficiencia es algo obligatorio, es fácil para las personas dependientes sentirse deprimidas o incluso pensar que ya no merecen vivir. Esta condición nos lleva a interiorizar la exclusión hasta el punto de justificarla. En este horizonte, el paso del “derecho” a morir al “deber” de morir se hace más corto de lo que

podamos pensar. Hans Jonas, sorprendido, afirma: “es curioso que hoy tengamos que hablar de un derecho a morir, cuando desde siempre, cada discurso sobre los derechos, ha hecho referencia al más fundamental de todos: el derecho a vivir”, que en la declaración de independencia estadounidense se incluye entre los “derechos inalienables”. Lamentablemente, la introducción de la técnica en la gestión de la muerte plantea nuevas y serias preguntas, aunque se va abriendo camino cada vez más, en la sensibilidad general, la legitimación del suicidio, reivindicado como un derecho-deber a quitarse la vida y considerado como una conquista.

El creciente número de suicidios y de aquellos que solicitan el suicidio asistido y la eutanasia no provoca ninguna preocupación. Pero cada vez que una persona se quita la vida es una tragedia personal, y una amarga derrota para todos. Huir de la dramática pregunta que suscita el gesto desesperado de una persona que prefiere abandonar la vida en lugar de seguir aquí con nosotros es la señal de una resignación culpable y de una superficialidad cruel. Hay personas (familiares, amigos, conocidos...) que están marcadas por abismos de dolor y de desesperación. Y dado que no se sienten ni entendidas, ni ayudadas, ni acompañadas, prefieren entregarse a la muerte, que para ellos representa un sufrimiento más ligero. Obviamente, cuando un amigo o un familiar se quita la vida, la consecuencia es un inmenso dolor. Y para los que se quedan, sobre todo los familiares, empieza un complicado viaje interior donde no es fácil encontrar respuestas



y consuelos. Nos invitan a reflexionar las palabras de Luciana Castellina, la cual, a pesar de estar a favor de una ley sobre la eutanasia, no consigue perdonar el gesto de su pareja, que se entregó a la muerte: “Yo aún no consigo perdonarle. Siento una ira muy fuerte. Esto no significa que no le reconozca el derecho a decidir sobre su vida, y por esto lucho a favor de esta ley. Pero me siento ofendida. Su gesto ha sido autorreferencial. Significa que las relaciones de amistad no sirven para detenerte. Y que tu dolor cuenta más que el dolor que provocas en los demás”. Son palabras llenas de humanidad. Y, en mi opinión, un punto de partida para ese humanismo que deseamos. El suicidio es siempre una amarga derrota para todos. No lo definiría como un ejercicio de libertad. Es sobre todo una tragedia. O mejor, una dramática petición de amor que se ha quedado desatendida. Elegir quitarse la vida es lo contrario a la libertad: se trata de sucumbir al peso de una angustia intolerable.

### **Morir con dignidad, no anticipar la muerte**

Ciertamente, hay que afirmar el derecho a “morir con dignidad”, al igual que el derecho a “vivir con dignidad”. Lamentablemente, al afirmar el primero, a menudo se nos olvida el segundo. El derecho a una muerte digna no puede establecer el derecho a recibir la eutanasia de manos de otros: ayudar a un paciente a morir (acompañándole en su angustia, aliviando

su dolor, apoyándole) es una cosa, hacer que muera es algo distinto. Obviamente, la cuestión surge en referencia al sentido que se le atribuye a la palabra “dignidad”. Me permito mencionar una afirmación de un filósofo laico francés, Luc Ferry: “la idea misma de que un ser humano pueda ‘perder su dignidad’ porque se ha convertido en débil, enfermo, anciano, y por lo tanto, está en una situación de dependencia, es una idea intolerable desde el punto de vista ético, y se acerca a las funestas teorías de los años treinta”.

“Morir con dignidad” no significa “anticipar la muerte”, quizás para no “ver la degradación del propio cuerpo”. El tema de la dignidad de la persona humana se aplica a todas las fases de su existencia, desde el principio hasta el fin, y en todas las condiciones que la persona vive. Un lenguaje equívoco se transforma en una peligrosa trampa. Claudio Magris, un conocido intelectual italiano, advierte: “Propuesta en nombre de la piedad y de la dignidad humana, la eutanasia puede fácilmente convertirse en una horrible, aunque inconsciente, higiene social; se trata del albedrío de quien, en nombre de la calidad de la vida, afirma que, por debajo de cierta calidad, la vida no es digna de ser vivida, y se otorga el derecho a establecer cuál es el nivel que autoriza a eliminar a los que no lo poseen. Indudablemente, para muchos de los millones de niños tremendamente desnutridos que hay en el mundo (y a menudo perjudicados, en su horrible condición, también en el pensamiento y en la afectividad) la muerte sería una tragedia menor que la vida infame que les espera, pero es cuestionable que eso autorice a eliminarlos”.

Además, no debemos olvidar que la petición de eutanasia o de suicidio asistido es casi siempre un resultado del abandono terapéutico (y social) del enfermo. Una vez aplicado un cuidado multidisciplinar del paciente, involucrando positivamente a la familia en el proceso de curación, es muy raro encontrarse con un caso de petición de muerte. Un famoso neurocirujano italiano, Giulio Maira, ante mi pregunta sobre si había tenido pacientes que le hubieran pedido la eutanasia, me contestó: “Los pacientes nunca. Los familiares muchas veces”. Es una afirmación que nos hace reflexionar. Al igual que debe hacernos reflexionar la inclinación de muchos hacia una ley que permita la eutanasia. Lamentablemente, a menudo prevalece la polarización ideológica, que encadena el tema en una perspectiva legal, como si la vida y su misterio se pudieran contener en normas jurídicas. Quizás sea necesaria una ley, pero no sobre la eutanasia. ¿Cómo es posible no ver el peligro que conlleva dejar en manos de una norma jurídica la solución a las grandes preguntas sobre la vida y la muerte? Y, en cualquier caso, no va a ser una disposición legal la que aclare o determine el sentido del paso final de la existencia humana. Solo una reflexión amplia, profunda (también animada) puede iniciar una investigación responsable que incluya también el nivel legislativo. Obviamente se puede legislar sobre cuestiones relacionadas con el fin de la vida, pero para favorecer esa alianza terapéutica que ve el enfermo, el médico y los familiares reunidos para alcanzar una decisión compartida.

Dejar en manos de una norma legislativa general la decisión sobre situaciones que difieren mucho las unas de las otras, parece un intento evidente de la sociedad de huir de la responsabilidad de ayudar y salvar a sus hijos. La norma legal hace todavía más sencillo el hecho de “lavarse las manos” frente a la responsabilidad que deriva del cuidado de la persona, del cuidado personal y único que cada persona requiere. Si se reduce la responsabilidad es más fácil seguir la antigua vía de Poncio Pilato, justamente, “lavarse las manos”. Es una manera de abandonar en la indiferencia y en la crueldad a los que necesitan apoyo y ayuda. El embrutecimiento de la sociedad al que lleva una legislación sobre la eutanasia es sutil, pero inevitable. El hombre enfermo que se está muriendo necesita la cercanía del hombre sano, para sentir que forma parte de los vivos. El que está solo, sobretudo en el momento dramático del dolor, fácilmente pide que le libren pronto de la vida, de la que ya se siente excluido, precisamente. Bernanos nos advierte: “No disuadáis a un infeliz del suicidio demostrándole que el suicidio es un acto antisocial, porque el pobre hombre está pensando precisamente en abandonar, por medio de la muerte, una sociedad que le disgusta”. ¿No es acaso un deber hacer que la persona que se está muriendo encuentre de nuevo su puesto de honor dentro de la familia y de la sociedad? Me hicieron reflexionar las palabras de una señora de noventa años que explicaba lo que significaba para ella morir dignamente: “Quisiera una muerte tranquila, en mi cama, no en el hospital. Quisiera que hubiese al-

guien a mi alrededor y que me dijese palabras de amor, que me diese la fuerza de morir, que me acariciase con gestos dulces y ligeros, que me dejase deslizarme hacia la muerte sin forzarme a comer, si ya no me apetece. Quiero escuchar la vida a mi alrededor, los niños que corren, la gente que habla, y si yo sufro, que alguien me dé algo que me ayude a no sufrir. Esto es, para mí, morir con dignidad”.

### **Cuidar de alguien y no ser cómplices de la muerte**

Queridos amigos, el hecho de “cuidar” de los más débiles y los enfermos no es algo que podamos elegir, sino que es una exigencia intrínseca de nuestra humanidad misma. La elección de “cuidar”, en lugar del abandono, es una actitud irrenunciable para el progreso de la humanidad. Es exactamente esta capacidad de servicio hacia la persona humana, especialmente cuando está enferma o es anciana, en la que se mide el verdadero progreso de la sociedad. El Papa Francisco, en su mensaje al Congreso sobre las curas paliativas de febrero de este año, promocionado por la Pontificia Academia para la Vida, evidenciando la importancia de las curas paliativas, afirmaba: “Su tarea (de la medicina) es cuidar siempre, aunque no siempre sea posible curar. Ciertamente, la empresa médica se basa en el esfuerzo incansable de adquirir nuevos conocimientos y de superar un número cada vez mayor de enfermedades. Pero los cuidados paliativos prue-

ban, dentro de la práctica clínica, la conciencia de que el límite requiere no solo ser combatido y alejado, sino también reconocido y aceptado. Y esto significa no abandonar a las personas enfermas, sino estar cerca de ellas y acompañarlas en la difícil prueba que se presenta al final de la vida. Cuando todos los recursos del “hacer” parecen agotados, emerge entonces el aspecto más importante de las relaciones humanas, que es el de “ser”: estar presentes, estar cerca, ser acogedores”. Los hombres y las mujeres que sentimos que debemos cuidar, desde tiempos inmemoriales, son criaturas mortales. Y esto no es algo que se pueda curar. Sin embargo, no hay nada más universalmente significativo y conmovedor que nuestra lucha diaria contra los dolorosos signos de la fragilidad que anuncia nuestra condición mortal. Nosotros luchamos sin descanso para evitar que el desaliento de la muerte decida el valor de la vida. Luchamos para evitar que la enfermedad decida la utilidad de nuestra vida, el valor de nuestra persona, la verdad de nuestras relaciones de afecto. Nosotros aceptamos nuestra condición mortal. Nos resistimos a la delirante ilusión de poder cancelar el misterio de este paso extremo, con sus dolorosas señales de contradicción.

El trabajo del cuidado es nuestro esfuerzo para convertir esta aceptación en humana, impidiendo que se convierta en complicidad. En resumen, nos negamos a hacer el trabajo de la muerte: aunque sea solo simbólicamente. El acto del cuidado aceptará – y ayudará a aceptar – nuestro límite insuperable: con toda la delicadeza del amor, con todo el respeto por la persona,

con toda la fuerza de la dedicación en la medida de nuestras capacidades. Ningún acto de cuidado, sin embargo, querrá estar marcado por la complicidad con la muerte: ni siquiera en la apariencia. Este es, en mi opinión, el desafío (dificilísimo y muy humano) al que nos enfrentamos, y creo que debemos afrontarlo juntos. El acompañamiento para aceptar la necesidad de vivir humanamente también la muerte, sin perder el amor que lucha contra su desaliento, es el objetivo de la “proximidad responsable” a la que todos estamos llamados, como seres humanos. Toda la comunidad debe estar involucrada en ello. No nos quedaremos mirando a la muerte mientras hace su trabajo, sin hacer nada. Nunca haremos el trabajo de la muerte (que ciertamente puede librarnos de la incomodidad) como si se tratara de un acto de amor. El amor por la vida, a lo largo de la cual hemos amado y hemos sido amados, ya no es solo nuestro: es de todos aquellos con los que lo hemos compartido. Y así debe ser, hasta el final. Nadie debe sentirse culpable por el peso que su condición mortal impone a la comunidad de sus semejantes. Somos humanos.

### **Cogerse de la mano**

Coger la mano de quien está muriendo es una de las prácticas humanas más urgentes y profundas que tenemos que recuperar. En general, frente a la muerte, huimos, se produce una especie de huida general, “cada uno

por su cuenta”, para no sentir y sobre todo para no vivir en la incomodidad. Preferimos centrarnos en nosotros mismos antes que acercarnos a quien lo necesita. Pero no ganamos por ello mayor libertad; al revés, nos empobrecemos aún más. Nadie querría morir solo. Todos deseamos estar acompañados en los momentos difíciles, sobre todo en el momento de la muerte. Olivier Clément, con gran sabiduría religiosa y humana, decía: “Lo sabemos bien, cuando un ser querido está próximo a la muerte, cada palabra, cada gesto podría ser el último. El más mínimo signo de atención adquiere entonces todo el peso de la comunión humana, esa comunión por la que sentimos nostalgia pero que evitamos casi diariamente”.

Quien se acerca a la muerte siente que se le va no solo la vida, sino también la presencia de los demás. Los propios médicos y enfermeros deben ser educados para escuchar y relacionarse con quien se está muriendo. Claro, es grande la responsabilidad de los familiares y de los amigos de estar cerca de la persona que se muere, empezando por la relación más sencilla de todas, como sujetar la mano del otro. Ante el vértigo de la muerte, esas manos cogidas tienen un valor inimaginable: significan vínculo, amor, seguridad. El amor que transmiten esas manos cogidas hasta el final, o esas manos que acarician, que limpian, que ayudan, que luchan también contra el dolor y la agonía, esas manos están venciendo a la muerte. La muerte, en efecto, puede acabar con la vida, no con la relación. El amor es siempre más fuerte que la muerte.











**UCAM**

---

UNIVERSIDAD CATÓLICA  
DE MURCIA